



RICARDO SOLÍS

Una escena de «Carnaval», en el teatro Palacio Valdés.

Crítica / Teatro

Fiesta de las ánimas

SAÚL FERNÁNDEZ

«Carnaval»

«Thriller» policíaco original de Jordi Galcerán, dirigido por Tamzin Townsend y protagonizado por Nuria González, Víctor Clavijo, César Sánchez, Noelia Noto y Violeta Pérez.

Teatro Palacio Valdés

Durante los Carnavales nada es lo que parece: los hombres pueden ser mujeres y los ángeles se pueden convertir en demonios. Las caretas cubren el día y transforman la noche en celebraciones e imposturas. Todo por dejar colgada en el armario la personalidad cotidiana, el agobio de todas las semanas. Los carnavales descubren el revés de la trama. Por eso son paganos, porque rompen el orden establecido. Si todo funciona adecuadamente, ¿para qué cambiar?

El primer estreno nacional de este 2008 en el teatro Palacio Valdés ha sido «Carnaval», un «thriller» con internet como fondo, una tragedia con el miedo como fundamento primordial, el nuevo guión de Jordi Galcerán, uno de los dramaturgos más notables de la escena contemporánea española, el autor de, entre otros, «El método Grönholm». Esta producción ha sido uno de los éxitos más extraordinarios de la historia contemporánea: tres años en cartel en Madrid y en Barcelona, una gira grandiosa, todos los galardones... una aventura que comenzó en Avilés, en unas Jornadas de Agosto, con cierta timidez.

«Carnaval» ha supuesto el reencuentro de Jordi Galcerán y de la directora hispano-británica Tamzin Townsend, uno de los referentes más recomendados de los últimos años. Townsend ha montado, hasta este momento, tres textos de Galcerán: «Paraulas encadenadas», «El método Grönholm» y ahora, este «Carnaval» de ánimas desamparadas, un intenso drama vivido en tiempo real, sobre un único escenario, casi con una sola trama, una obra que hubiera hecho las delicias de los críticos neoclásicos, esos que ambicionaban que la realidad tomara forma de verdad sobre el escenario, mucho antes

de que el cine invadiera el teatro.

La trama es elocuente: un niño, una bomba y un reloj en cuenta atrás. Todo en una Comisaría de Policía. Galcerán salvó las dificultades de planteamiento con inusitada maestría: ¿tensión policial en el teatro? La respuesta a esta cuestión le correspondía a Townsend, que fue capaz de mover a los cinco actores de tal modo que una sala desangelada, con luz blanca y teléfonos que no paran de sonar, fue una verdadera Comisaría en hora punta. Son los privilegios del teatro, que es capaz de amoldar la realidad al dinero disponible para una producción. La Comisaría de Galcerán nunca podría llegar a la de Hill Street porque el espectáculo sería económicamente inviable. Pero esta carencia no resultó significativa antes de anoche en Avilés: la inquietud, el desconcierto, los alibajos delante del ordenador fueron superados por una dirección escénica digna de la ovación con que los espectadores recibieron el cuarto estreno nacional de Townsend en Avilés.

El plantel de actores fue notable, en ocasiones extraordinario. Pocas veces se puede componer una madre con el alma en un hilo como lo hizo Violeta Pérez, por poner un ejemplo: llantos, desordenes y clarosucos. El trabajo de Víctor Clavijo —el inspector Miralles— rozó la pura realidad. Y eso fue extraordinario. César Sánchez y Noelia Noto tienen que defender dos personajes que parecen más bosquejos que otra cosa. Pero esto tampoco es achacable a Galcerán: en hora y media, en ese tiempo real con que se presenta una función, nadie puede alcanzar a conocer del todo a una persona. Nuria González, por su lado, interpretó a la inspectora jefa.

Mención aparte merece el trabajo escenográfico de Max Glaenzel y Estel Cristià, que reprodujeron hasta el último detalle de una Comisaría —el cartel de los etarras más buscados, singularmente— sobre el escenario. Un trabajo que merece toda la admiración. A fin de cuentas, el mejor disfraz de la realidad está en la misma realidad, la que nace del miedo. De eso trataba «Carnaval».